

[Original]

Aproximación contraintuitiva a «La huelga» (1917) de Hugo Wast

HUGO R. MANCUSO
Universidad de Buenos Aires (UBA)
Consejo Nacional de Investigaciones
Científicas y Técnicas (Conicet)
R. Argentina
✉

Resumen: El olvido de Hugo Wast es «cuantitativamente» relevante aun antes de problematizar su polémico ideario político y sus dotes literarias, según muchos, tan «limitadas». Wast se ubica en un punto incómodo, minando las creencias hegemónicas y contraculturales de casi todos. A partir del análisis de «La huelga», de lo efectivamente dicho-escrito por el narrador modelo, el presente trabajo indaga en el proceso textual y discursivo desarrollado por Wast, entre 1905-1925, así como en las consecuencias pragmáticas de su recepción, tanto en su época como en la actualidad. El tema de la huelga durante 1917 está lejos de ser una temática abstracta y adquiere una gran significatividad presente, no sólo para entender las condiciones de producción material e ideológica del texto sino también para comprender algunos puntos fundamentales en torno al mismo y al posicionamiento del autor empírico. Las contrastaciones citadas, aumentan el «misterio» del olvido o lo evidencian y clarifican, según la luz con la que se lo mire. Una lectura abierta (*misreading*), no sólo de sus polémicos panfletos xenófobos sino también de sus tempranos relatos obreristas como «La huelga», puede decirnos más de lo que, quizá, queramos escuchar.

Palabras clave: Gustavo Martínez Zuviría – Literatura argentina – Análisis textual y discursivo – Anarquismo – Catolicismo.

[Full paper]

Counterintuitive Approach to "La Huelga" (1917) by Hugo Wast

Summary: Forgetting Hugo Wast is "quantitatively" relevant even before problematizing his controversial political ideology and literary gift, quite "limited" according to many. Wast stands at an awkward point, undermining the hegemonic and counter-cultural beliefs of almost everyone. This paper, from the analysis of "La Huelga", from what is effectively said-written by the model narrator, explores the textual and discursive process developed by Wast, between 1905-1925, as well as the pragmatic consequences of its reception, both in his time and at present. The theme of the strike during 1917 is far from being an abstract subject and acquires great significance today, not only to understand the conditions of the material and ideological production of the text but also to grasp some key points around itself and the positioning of the empiric author. The contrastations mentioned above, either increase the "mystery" of the oblivion or make it more evident and clear, depending on the light under which it is seen. An open reading (*misreading*), not only of his controversial xenophobic pamphlets but also of his early workerist stories as "La Huelga", can tell us much more than what we perhaps want to hear.

Key words: Gustavo Martínez Zuviría – Argentina Literature – Textual and Discursive Analysis – Anarchism. – Catholicism.

Introducción

El olvido de Hugo Wast es «cuantitativamente» relevante¹ aun antes de problematizar su polémico ideario político (que no fue sólo suyo, amén de que se debería aclarar cuál fue efectivamente el suyo y distinguirlo de tantos otros por similares que hayan sido) y sus dotes literarias, según muchos, tan «limitadas» (si es que cabe el término) como las de tantos otros y si es que nos apresuramos a aceptar, *tout court*, esta tesis.

A los fines expositivos y didácticos, admitamos la *concessio* retórica y enunciemos un razonamiento, crudo, básico y simple que subyace en tantos escritos académicos:

§ 1. Wast fue un escritor mediocre, reaccionario y antisemita.

§ 2. Por tanto, no agrada.

Ergo, concluimos:

§ 3. Por mediocre y por xenófobo, es que fue justamente olvidado por la crítica (académica y no) y por el sentido común argentino, el cual, para bien o para mal, no le debe nada.

§ 4. Punto.²

En este punto podríamos finalizar, como de rito, la exposición sobre nuestro autor.

Pero fieles a la problematización de lo obvio y de lo olvidado, seguiremos interrogándonos: ¿por qué fue olvidado y sigue siendo ignorado, uno de los escritores más leídos de la literatura argentina contemporánea? La teoría, la historia literaria, social y cultural, la semiótica general y aplicada, no puede ignorar este hecho, más allá y más acá de nuestras preferencias personales.

Pero impacta más porque el silencio acerca de Hugo Wast es, curiosamente, unánime o casi. Tan unánime que incluye, más aún, comienza *desde y entre* sus (supuestos) camaradas y compañeros de ruta. Vale decir, precisamente entre aquellos que hoy día supondríamos, reductiva e ingenuamente, como sus aliados naturales y lectores habituales. En suma, por quienes lo deberían apoyar, comprender, defender y no ridiculizar o denostar:

¹ Ver anexo sobre sus ediciones hasta 1931, al final del presente.

² Otro tanto ha ocurrido, por motivos harto análogos, con autores como el argentino Héctor Álvarez Murena [1923-1975] y el italiano Giovanni Papini [1881-1956].

Gustavo Martínez Zuviría ha escrito un nuevo libro [se refiere a *Lucía Miranda*, París 1929]. Mejor dicho: en París se ha publicado un nuevo libro de Gustavo Martínez Zuviría. Porque nosotros no pensamos ocuparnos del libro sino del acontecimiento. El autor y *Lucía Miranda* nos son ya demasiado conocidos. El nombre del novelista puede verse todos los días en los andenes de las estaciones más concurridas de Buenos Aires. La novela de *Lucía Miranda* puede leerse en la letra chica de cualquier texto de historia. Lo que no se puede llegar a conocer nunca son los límites del abuso.

Hay dos especies de abuso: el abuso novelístico y el abuso editorial. Del primero hemos prometido no ocuparnos: diremos solamente que lo mejor que podía hacerse por *Lucía Miranda*, era callarse la boca y no venir a complicarle ahora su destino en el mundo. Además, eso de sacarle un personaje a Dios para vendérselos por tres setenta a las empleadas y obreras de las jarretieras católicas, es un doble abuso de confianza: con respecto a Dios, porque se aprovecha de que no tenga a sus almas bajo llave, y con respecto a las empleadas y obreras, porque verdaderamente la novela no vale el medio día de trabajo...

Pero ¿existe en realidad un engaño? Nosotros creemos decididamente que no. Gustavo Martínez Zuviría nunca ha prometido nada. Sus lectores son siempre los mismos: ellos le conocen tanto como nosotros, y le admiran tanto como nosotros nos admiramos de ellos. Ellos encontraron en Martínez de Zuviría a *su* novelista: y Martínez Zuviría vino a llenar así una gran parte de *sus* necesidades sentimentales.

Pero el novelista está en deuda con la literatura. Ha contentado a su público pero no ha cumplido con la novela. Ha difundido el libro argentino (hablando con criterio de librero), pero la literatura no le debe nada. Sus méritos terminan donde terminan los intereses del papel impreso. Sobre las pila de sus libros no hay otra esperanza que un libro más: pobre esperanza, si se tiene en cuenta que el último es siempre igual al penúltimo, y que el todo es una pila de libros.

La novela de *Lucía Miranda* no agrega nada a la idea que nos habíamos formado del autor: todos sabíamos que Martínez Zuviría era un adaptador de personajes más o menos conocidos; ahora sabemos que es también adaptador de personajes más o menos históricos.

El afortunado novelista tiene ante sí una grave responsabilidad: su público, y un grave deber que cumplir: enderezar a ese público. Martínez Zuviría sabe perfectamente hasta qué punto un novelista puede influir sobre la masa de sus lectores; sabe que un novelista inmoral relaja la moral del público: es su mayor cuidado, pero no debiera ser el único.

Ahora bien: siendo la novela relación de la vida y ejemplario de la conducta ¿puede un novelista honradamente falsificar la vida y permitir que una gran parte de sus lectores la tome por vida verdadera? Seguramente Martínez Zuviría no ha pensado nunca en esta tremenda verdad: un personaje artificial —héroe o heroína de novela— crea siempre para la vida personajes artificiales. ¡Cuántas actitudes desgraciadas no se hubieran evitado si los hombres no contaran con el ejemplo de los falsos héroes que les regalaron los novelistas para entretenerlos! Es el peligro de los novelistas, que los novelistas no conocen (Anzoátegui 1930:21).³

Las fuentes dan cuenta de la recepción de Wast en el período y la percepción acerca de las particularidades con las que era valorado en el campo literario. Es por ello que fue simultáneamente exitoso, *best seller*, efectivamente leído por miles y, no obstante, simultáneamente, resistido y denostado como si fuese un payador de poca monta, por prácticamente *todo* el arco de intelectuales, desde autores socialistas y anarquistas hasta aquellos liberales o nacionalistas.

Si hubo en nuestro país algún autor resistido por la elite literaria, ese fue sin duda, Martínez Zuviría. A este escritor se le negó en toda forma. Comenzó por censurársele sus condiciones de novelista. Se le restaron méritos literarios. Se le puntualizaron anacronismos y se le negó por esto, todos los demás valores como si Hugo Wast fuera un historiador y no un novelista. Además se le reprochó el estilo, los temas elegidos para sus obras, y, sobre todo, su propaganda. No contento con esto o acaso porque la prédica no daba los resultados apetecidos, la crítica terminó por guardar silencio. Me refiero desde luego a la crítica vernacular, la que se hace desde ciertas publicaciones especializadas, que, por lo general, no son sino publicaciones para los amigos, donde no se reconoce más mérito intelectual que el que sale de casa. Estos órganos se han ensañado con el autor de «La corbata celeste», acaso sin haberlo leído y acaso, también, por considerar que un autor de gran aceptación entre el público, tiene que ser forzosamente malo.

Los norteamericanos tienen un lema que Martínez Zuviría ostenta en lo que podríamos llamar la parte comercial de su obra. Y es el siguiente: elaborar un

³ El cotejo entre Hugo Wast e Ignacio B. Anzoátegui debe ser modulado. Representan variantes abismales de un ideario similar, con un mismo aire de familia. Sabemos que sólo desde una lectura amplia y didáctica pueden ser incluidos en un mismo ámbito. Si bien ambos son católicos, nacionalistas, las diferencias entre ellos son las diferencias entre el pensamiento de una publicación como *Número* (1930-31) y el de *Criterio* posterior a 1930 y un novelista tardo romántico y realista, católico practicante. No obstante, como se espera constatar en este artículo, la relación es pertinente, precisamente por sus diferencias.

buen producto y hacerle luego una buena propaganda. Los detractores de Zuviría le censuran su propaganda, en virtud de que estiman que ha elaborado un mal producto. Y eso no es cierto. Porque ya lo he dicho alguna vez, buen escritor no es sólo el que escribe para los iniciados. Lo es también el que escribe para las multitudes. Y acaso éste con más razón que aquel, ya que su obra, por mediana que sea, llena una función educativa de más trascendencia que la de aquellos que hablan para los núcleos selectos.

No busquemos en la obra de de Martínez Zuviría la pintura de tipos a la manera de Molière y Sinclair Lewis. No busquemos tampoco el análisis y la disección psicológica a la usanza de Bourget y Proust, la riqueza vernal de D'Annunzio; el fasto panorámico de Azorín, ni la gracia arquitectónica de Larreta. Pero busquemos sí, la ingenuidad de los cantos antiguos, la pudibundez cristiana y conventual y el optimismo —lírico y antivolteriano— de Pangloss. Porque en la obra de Zuviría todo es dulce. Las escenas se eslabonan sin esfuerzo, sin bruscas alternativas, como un crepúsculo y la noche. Y hay melodías en sus palabras. Una melodía fácil como las de las canciones populares, pero melodía al fin. Y grata al espíritu, ya que le ofrece un recodo de simplicidad dentro del complicado mecanismo de la vida moderna.

Las novelas de Zuviría son para descanso. Y hay que leerlas sin el propósito de encontrar en ellas valores desconcertantes. Porque Zuviría es un novelista fácil sin llegar a la trivialidad, condición ésta que habla muy en su favor, puesto que implica haber logrado la «difícil facilidad» clásica, de la que hoy, desgraciadamente, parece alejarse la juventud, llevada por el deslumbramiento del arte nuevo (Merlino 1931:194).⁴

En un reportaje publicado en *La Literatura Argentina*, Raquel Adler se refería a Hugo Wast a propósito de los «novelistas»:

—(...) Por favor Raquel, no vaya a caer en la vulgaridad de citarnos a los premiados en los concursos municipales.

—¿Y por qué no? ¿Acaso no hay valores positivos entre ellos? Pero no voy a citarles a los últimos. Están demasiado presentes aún. Le hablaría de Hugo Wast, Olivera Lavie...

La interrumpimos. —¿Olivera Lavié? Si, vale, vale. Para nosotros vale más que Martínez Zuviría...

⁴ Ver, del mismo Salvador Merlino, referido a Hugo Wast, «Un novelista y un santo», (1932:89). También Manuel Selva, «El peligro judío y la reciente obra de Wast» (1935:193-94.)

Raquel nos detiene: —No establezcamos comparaciones; soy admiradora de Lavié, pero creo que Martínez Zuviría ha realizado una obra extraordinariamente meritoria. Hugo Wast ha producido para la gran multitud nuestra, para toda la masa que lee, piensa y siente sin enfrascarse en las sutilezas de una literatura llamada «superior», solo porque se aparta de lo natural para aparecer llena de artificio. Wast es tal vez el único autor entre nosotros que habiendo señalado un círculo para su producción lo ha llenado completamente. Cada autor tiene su vida y su área de extensión. La mayoría no llegan a llenar esa área. Zuviría la ha cubierto. Sus libros tienen un mercado inalcanzado hasta ahora por ningún otro autor argentino y cumplen una función moralizadora, una función social necesaria. Para aquellas almas a las que no podía llegar Santo Tomás o San Agustín, para aquellos que sentían la «necesidad», de leer, de sentir, de salirse de la «platitude» —Raquel es muy aficionada a los galicismos— de la vida diaria, las obras de Wast son el alimento espiritual, que, felizmente ha venido a reemplazar la detestable y malsana literatura francesa «naturalista».

Asentimos con Raquel; en efecto, Martínez Zuviría cumple una función social necesaria; es a nuestra cultura lo que fue Pérez Escrich a la española del siglo pasado (s/a 1929:37).

De hecho son muy pocos en la actualidad quienes simplemente lo recuerdan. Obviamente el silencio es total en la crítica académica o bien tangencial salvo contadas excepciones.⁵

Igualmente podríamos problematizar (siempre debemos problematizar) aquello qué efectivamente dicho-escrito por el narrador modelo (no el hipotético narrador empírico)⁶ pues por esta vía regia podremos comenzar a devanar el

⁵A modo de ejemplo, en la monumental y exhaustiva obra de Luis Alberto Sánchez, *Historia comparada de la literatura americana* (1973) es mencionado tan sólo tres veces. De manera tan sólo indirecta y circunstancial, dos, a saber: «Lucía Miranda será la protagonista de un drama, el *Siripo* de Lavarden (s. XVIII), de una novela de Hugo Wast (s.XX) [SIC]; en cierto modo se inspiró en ella la Blanca del *Tabaré* de Zorrilla de San Martín (s. XIX) (I:145); «Naturalmente su tema eran los amores de Lucía Miranda, española, y un cacique indio, fábula tomada de la crónica de Ruy Díaz de Guzmán (s. XVI) y popularizada (s. XX) en una novela de "Hugo Wast" [SIC]» (II: 94). En el tomo III le dedica un breve comentario crítico de 24 líneas, mayormente estadístico y finalmente es citado en la bibliografía final en el tomo IV. En la sistemática y científica *Capítulo. Historia de la literatura argentina* (Buenos Aires: CEAL, 1967-1968) simplemente se lo omite y no se destaca en ninguna de las dos obras la importancia cuantitativa que tuvo en la construcción del sentido común y del gusto popular de la primera mitad del siglo XX.

⁶Cfr.Eco 1994.

misterio y alcanzar una comprensión más satisfactoria. Que nunca satisfará a los reductivistas, pro o contra Wast, *el maldito*.

Decíamos, fácil es acusarlo de «antisemita» para despacharlo y olvidarlo, aun cuando posiblemente no lo fue más que Manuel Gálvez, Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas, Filippo Filippi o Leonardo Castellani, muchos de ellos leídos rigurosamente y algunos, incluso, admirados también entre grupos de «izquierda», nacionalistas y no nacionalistas.

«La huelga» (1917)

El lunes 26 de noviembre de 1917 aparece, en el número 2 de *La Novela Semanal*, la *nouvelle* «La huelga»; reza la presentación:

Hugo Wast (G. Martínez Zuviría). Autor de *Flor de durazno* y *La casa de los cuervos*

Y luego sus editores subrayan orgullosos:

Novela inédita y original de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría)

La publicación, dirigida por Miguel Sans y Armando del Castillo, cuya administración —se indica— está en la calle Florida 248 de la Ciudad de Buenos Aires, informa en su *incipit* que «aparece todos los lunes con una obra completa e interesante de los mejores escritores argentinos». Y, a renglón seguido, sugiere que se siente sumamente honrada de publicar esta novela breve de Hugo Wast, y anuncia que a *continuación* publicará: «Artemis» de Enrique Larreta; «Una madre, en Francia» de Belisario Roldán; «Luna de Miel» de Manuel Gálvez; «La psiquina» de Ricardo Rojas; «Don Juan y Werther» de José Ingenieros y «Un peón» de Horacio Quiroga. En la misma línea, casi de comedia costumbrista, el número 1 de *La Novela Semanal* había publicado «Un día millonario» de Enrique Velloso.

Una lectura simple y atenta de lo precedente no deja lugar a dudas: Wast prácticamente «inaugura» las ediciones de *La Novela Semanal* que introduce, a continuación, en las semanas sucesivas, autores de la talla de Larreta, Roldán, Gálvez, Rojas, Ingenieros y hasta Quiroga. Pero, repetimos, primero, a modo de casi «presentador» aparece Wast: el (*a posteriori*) olvidado. E insistimos en el calificativo: «los mejores escritores argentinos», se sobreentiende, vivos y contemporáneos, aunque relativamente jóvenes y consagrados. Incluso para el

caso de Larreta se aclara, como se hizo con Wast: «autor de *La gloria de Don Ramiro*». Ambos contaban ya con un *currículo* autoral destacable.

Indudablemente Wast no desentona en compañía de estos autores; hacia 1917, a nadie asombró que se los haya publicado en la misma colección: Wast no es menos que Larreta, ni que Roldán pero tampoco menos que Gálvez, Rojas, Ingenieros o Quiroga. Ninguno de ellos se escandalizó por compartir cartel con Martínez Zuviría ni por ser publicados a continuación de él. No pensaban que su obra fuera indigna de su posición en el campo literario argentino. Tampoco era mal visto ni estética ni políticamente, no aún al menos, por sus colegas escritores y mucho menos por el público, máxime con esta novela breve. Todavía más, el único de los citados que en este contexto se refiere a este tema candente, problemático y tabú, tema digno de literatos anarquistas (¡ellos sí que están ausentes en estos primeros números de *La Novela Semanal!*) es Wast. El único con una dimensión «social» equivalente es «Un peón» de Quiroga. El resto de las *nouvelles* aquí publicadas se aleja irremisiblemente de la realidad social inmediata y se encarna en la prosa modernista de inspiración parnasiana («Artemis»); costumbrismo más o menos cómico («Una madre, en Francia», «Luna de Miel») o narrativas ensayísticas («La psiquina» y «Don Juan y Werther»). Más allá de sus eventuales méritos estas obras se alejan del realismo urbano, de la ebullición política, del quiebre social que proliferaba desde hacía décadas en las grandes ciudades cosmopolitas argentinas: huelgas, atentados terroristas, magnicidios, represiones cruentas y fusilamientos sumarios, tortura y cárcel a los huelguistas.

Acerca de esto, en principio, del modo más ecuánime posible, intenta escribir su relato Hugo Wast. Gesto delicado y si se quiere valiente. Evitado por los escritores patricios (salvo en diatribas xenófobas y clasistas), ignorado por los literatos profesionales, despreciado por los esteticistas parnasianos. Enunciar «la huelga» en ese contexto implicaba referirse a un grave problema de la sociedad argentina. Y no fue la única vez que lo hizo.⁷ La conmoción social es vista por otros escritores tan sólo como una cuestión de seguridad nacional. No se la explora; se la mistifica o se la ignora: el discurso social no la admite salvo para los escritores anarquistas, que no hacían parte del campo literario de consagración hegemónica y que en general la trataban con un estilo ideologizante, utópico y casi religioso.

Wast intenta tratarla como materia narrativa, más acá o más allá de su posicionamiento (que lo tiene) pero que no pre-condiciona su narrar.

⁷Cfr. *Novia de vacaciones* (1907) o *Flor de durazno* (1911).

Es decir, como cristiano, como católico y como «nacionalista» (usemos el término provisoriamente) debe enfrentarse a los «problemas» de: la huelga, las convulsiones sociales, los asesinatos y las venganzas; entender tales conmociones interiores como consecuencia de la injusticia y del «desencuentro» (el término será clave tanto para Wast como para el derrotero del futuro nacionalismo católico posterior).

Injusticia social (o abuso personal) y desencuentro entre clases (o incomunicación entre personas) son los términos claves de su construcción narrativa. La sociedad humana vive en la violencia por exceso de injusticia y abuso y por falta de comunicación sincera y honesta con el prójimo.

Pero la narración épica, moralizante, militante —típica de la novela anarquista contemporánea a la cual, evidentemente, responde dialógicamente y problematiza— es reemplazada por un relato iniciado *in medias res* y desde la perspectiva, cotidiana, humana, de una simple niña:

Con miedo al principio, vio la niña acercarse a aquel hombre que parecía un vagabundo. (...)

—No es un «linjera» (SIC) se dijo la muchacha; y fue a entrarse, cuando él llegó hasta la verja (...).

Dijo que tenía sed, y bebió lentamente el vaso de agua que Victoria le alcanzó (...).

¿De dónde podía venir así? ¿a (SIC) donde iba? Había observado que tenía los ojos azules (Wast 1917: 90)⁸.

La acción del relato se encuadra en un contexto clave y muy significativo para la alquimia narrativa que intentará iniciar Wast con esta *nouvelle*: es el mundo del trabajo de los ferroviarios, uno de los gremios que constituían la aristocracia obrera, en la Argentina y en gran parte del mundo. Gremio poderoso, organizado fraternamente y muy influido por el anarco-socialismo y el anarco comunismo, en el ambiente de la «fraternidad» ferroviaria.

Por ello, Victoria, vive en una casa, no en una barraca de emergencia:

La casita de Victoria, pequeña casita de obreros, pagada en mensualidades,

⁸ La edición no está numerada. Por lo tanto la referencia topológica, al no resultar las páginas, corresponde al folio de la fuente material conservada en la Biblioteca de la Academia Argentina de Letras de la Ciudad de Buenos Aires.

parecía dormida al sol de la siesta en el costado misma (SIC) de la vía (Wast 1917: 91).

Y con su padre viudo, es decir en familia:

Al morir la tarde, Mario Crespi, el padre de Victoria, capataz de uno de los talleres del ferrocarril, llegaba a su casa. Al cruzar la vía, se le apareció el desconocido a quien su hija diera de beber, y que por lo visto había estado espiando su vuelta (Wast 1917: 91).

Se respira un severo clima, crónico, naturalizado, casi de conspiración permanente:

Hablaron en voz baja, durante algunos minutos, en medio de la calle desierta, en que a uno y otro lado se veían jardines o huertas, que empezaban a llenarse de sombras en la noche que se avecinaba (Wast 1917: 91).

No obstante la presencia de «huerta y jardines»,⁹ el paisaje de digna pobreza no era edénico; se respiraba un clima de perdurable tensión y temor. Y el relato familiar tensa aún más, inexplicable y premonitoriamente, la situación:

⁹La mención de este dato, en su aparente minucia, es un tópico importante. El barrio obrero descrito es un barrio de inmigrantes, preferentemente de italianos. Por ello, el detalle de tener todas las casas su jardín o su huerta, es un claro signo de reafirmación étnica. Desde el «liberal» Sarmiento hasta el «anarquista» Sux y pasando por el *Gaucha Martín Fierro*, el paisano —fiel a la tradición mora e hidalga— no cultiva la tierra (Basterra 1903). El desprecio por los chacareros aún a Gálvez (1910) y a Rojas (1909). En cambio esta laboriosidad inmigrante impacta positivamente y durante décadas, a los críticos hispanoamericanos: «Cuánto tuvo de exacta su visión, cuánto tuvo de revolucionaria su acción, no se percibe claramente ahora en la Argentina porque apenas se percibe ya cómo era aquel pasado: tanto ha sido el cambio. ¿Quién reconocerá, en los campos llenos de trigales, de huertas, de bosques artificialmente creados, de animales apacibles, la antigua llanura sin árboles, sin casa, donde corrían indómitos la bestia y el hombre? Facundo se comprende mejor en los países de América donde todavía no se ha ganado la batalla de Caseros» (Henríquez Ureña 1963:7-8). Envidiando y admirando este rasgo positivísimo de la Argentina, que explica su innegable superioridad cultural y económica. Este hipersigno perdurará, resemantizado, en el imaginario argentino posterior, contrastado positivamente y no refutado hasta mediados del siglo XX. A partir de la década del '60, comenzará a ser contradictoriamente deconstruido, desde las lógicas culturales alternativas, en los contextos postmodernos actuales. Es decir, la «libertad, igualdad y fraternidad» socialista —que nunca negó que una «república

Cuando Crespi se sentó a la mesa, solo como de costumbre, servido por su hija que traía los platos y comía luego frente a él, le dijo con voz alegre, como si fuera una buena noticia:

—Ha venido Juan Crespi.

—¿Quién es?

—Un primo lejano tuyo.

—No lo conozco.

—Yo sí; sus padres llegaron a América antes que yo. Han vivido en las provincias: ahora han muerto, y él, completamente solo, viene a buscar trabajo.

(...)

—Es tan pobre que ha llegado a pie, desde Tucumán...— ella pensó [sólo en ese momento] en el caminante, que esta tarde llegara a su puerta (Wast 1917: 91).

Insistimos en un punto anticipado y gratamente anómalo: a diferencia de la literatura cuyo «aire de familia» es hispanista y nacionalista, Wast no cae en el desprecio fácil al inmigrante. Está lejos de la brutalidad de la expresión lugoniana de «plebe ultramarina», o de la supuesta falta de espiritualidad que le atribuye Rojas. O de las elucubraciones de Raúl Scalabrini Ortiz quien compara al inmigrante con el gusano «ventral y hambriento» (1931:38-40), del exterminio purificador de la guerra étnica del joven Gálvez (1910) o de la cruel e impiadosa ridiculización de José Hernández quien se mofa de la tragedia del pobre napolitano arrojado, inopinadamente, a un misérrimo fortín de línea (1872, Canto V:142-55).

Wast (supuestamente) patricio como quien más, no sólo no desprecia al inmigrante, sino que lo acoge y justifica. Y, como se verá en otros textos, le agradece y valora su patriotismo, generosidad y laboriosidad. Justifica no solo sus «pobres» diversiones, sino también sus «vicios» (o alienaciones) que son patrimonio universal «de los pobres» y de los explotados, «hipócritamente sentenciados».

democrática» debiera estar «fundada en el trabajo»— comenzó a promover desde posturas demagógicas-progresistas, el «derecho a la felicidad», la inflación de derechos y los derechos «mínimos» mistificados, sin evaluar ni enseñar a valorar el coste de la reproducción social implicado en su producción efectiva, transformándose así en moneda de pago clientelar de intento de dictaduras demagógicas, produciendo —contrariando lo cínicamente afirmado— efectos perversos de concentración brutal de la renta, deterioro social, aumento de la marginación, analfabetismo y delincuencia.

En la sobremesa Crespi es visitado por el catalán Marcos Valrull con quien comparte el garrafón de vino. Pero, más aún les preocupa a los personajes y al mismo narrador otra cuestión más urgente, la revuelta obrera:

—La huelga—dijo [Crespi]— ¿será general?

—¡Puff! ¡general, general!... ¡Hay tanto carnero! No será general mañana, pero poco a poco las iremos estrangulando a las empresas, y el mejor día nos acompañarán todos los gremios.

Luego agregó, con cierto misterio, bajando la voz, casi si se tratara de una peligrosa confidencia:

—Estará con nosotros el gobierno.

Crespi miró sorprendido a su compañero, (...).

—¿Es posible? Nunca se ha visto...

—El gobierno estará con nosotros —repitió con convicción Valrull— Aunque no se haya visto nunca, ahora se verá (...)

—¿Podía no ser así, cuando se le ha convencido de que los obreros, votarán en adelante con el que los apoye?

Y después de un rato de sacudirse con su risa mortificante, de beodo, dio la explicación:

—¡Yo he hablado con el presidente! (...)

Crespi consideraba con tristeza los rayos de esa fisonomía inteligente, sobre la que el vicio empezaba a extender un velo innoble; y oyendo su voz poderosa, y viendo su gesto airado, y sus ojos en que el odio ardía como una llama, recordó las últimas asambleas de la Federación del Trabajo, dominadas por él (Wast 1917: 93).

El narrador se identificará poco a poco con la perspectiva de Crespi, quien encarna la voz autoral que se presentará como la postura rescatable, equidistante, justa, entre los furibundos extremos: el anarquista asesino y resentido y la patronal explotadora y ciega. El proyecto narrativo del autor postula una sociedad justa, balanceada, concordante y en esta novela Crespi la encarnara con una claridad irreplicable en obras posteriores y sin caer en un reduccionismo esquemático.

Hasta entonces nadie había sospechado que aquel hombre pudiera llegar a ser el leader de los obreros ferroviarios. (...).

Cuando en la Federación (...) se alzaba él poseído de una extraña furia, para arrojar en medio de la turba acongojada por la vacilación, sus frases virulentas, que hacían arder de nuevo aquellas almas oscuras y claudicantes.

Y Crespi se preguntaba de dónde le nacía la fuerza conque (SIC) odiaba a los que en verdad no le habían hecho mal ninguno (Wast 1917: 94).

He aquí dos proposiciones clave:

- a) la «*turba*», la «masa» que esta «acongojada» a causa de la «vacilación» y de la «duda»: «almas oscuras y claudicantes». El conductor no puede faltar, aun con sus limitaciones de beodo, la turba lo requiere, lo necesita, para «organizarla» para que no claudique.
- b) Valrull, para sorpresa de Crespi, «odiaba a los que en verdad no le habían hecho mal ninguno».

Esta afirmación del narrador no deja de ser inquietante. El sindicalista odia, con una fuerza sorprendente, pero ¿a quién odia? ¿A los empleados superiores? ¿Al gobierno? ¿A los esbirros? ¿A las clases burguesas? ¿A los explotadores? Y de ser así, ¿acaso los explotadores no es que le hacen algo al explotarlo?

—Si, ya sé, que estoy borracho... (...)

Crespi torció la cara, sintiendo su hálito vinoso, y de nuevo recordó cómo se transformaba aquel hombre, vulgar, camino de la degradación, en un apóstol vehemente, cuando hablaba a la muchedumbre que creía en él (Wast 1917: 95).

(...)

Victoria atravesó corriendo la calle. (...).

(...) llamó, y sin esperar que abrieran, (...) empujó las maderas que rechinaron y entró (...) [en] el miserable cuchitril, donde Marcos Valrull incubaba sus rencores (...) cinco niños, silenciosos y quietos, seguían con ansiosa mirada los movimientos de la hermana mayor que empezaba a repartirles la ración (Wast 1917: 95).

La hija mayor del sindicalista Valrull, Mamita como la llamaban sus hermanos y vecinos, raquítica, hambrienta, mostraba la miseria en todo su patetismo explicando, cuál prótasis subyacente, el odio del combatiente sindicalista.

La descripción y la narración no dejan de ser detalladas en su rapidez, y así como están las cosas lo único que queda, en ese aquí y ahora, es la esencialidad de la

solidaridad humana, aun entre pobres y miserables:

—Mamita —había dicho Victoria, arrimándose a la mesa —Traigo esto para los chicos, y esto para vos.

Hizo dos parte de lo que traía, algunos restos de su cena y un poco de leche, y una la repartió ella misma entre los niños, que la miraban, con miedo siempre de que no fuera en verdad tan buena como parecía (Wast 1917: 96).

Este gesto de caridad y solidaridad es, en la visión de Wast, un milagro esperanzador de la humanidad. Narrativamente por su parte, en ese contexto y en esa situación de enunciado, un gesto de gran coraje artístico, alejado de las mistificaciones literarias de sus colegas de *La Novela Semanal*, distante incluso de gran parte de la novela anarquista que muestra menos de lo que teóricamente teoriza, y desarrolla un estilo que, aun en sus imperfecciones propone un crudo y valiente naturalismo, al mejor estilo de Emile Zola, aunque de una innegable inspiración cristiana.

La alegoría es simple pero efectiva. Resuenan las imágenes de numerosos pasajes Novo testamentarios tales como los del «Sermón de la montaña» o el de la «Multiplicación de los panes», caridad y solidaridad sincera es la primera cura ante la injusticia. Tal vez la única posible... Entiéndase, no la beneficencia de lo «sobrante» (como se muestra en *Novia de vacaciones*, 1907). El gesto de Victoria es gigantesco por compartir su propia comida, de pobre hija de obrero (para quienes no existen técnicamente las sobras de comida) con los que menos tienen, literalmente proletarios: una *prole numerosa, hambrienta, huérfana de madre, cuyo padre es un beodo violento y ausente, por revolucionario*. Además Victoria no sólo comparte su pan sino que también ayuda a Mamita a cuidar a sus hermanitos. Victoria encarna un ideal humano, repetido, de Wast: el de la joven mujer sensible y justa que a pesar de todo y contra todos cumple con su deber humano.¹⁰

¹⁰ Tendencialmente los personajes de Wast claramente se dividen en dos grandes grupos: las mujeres éticas —aun cuando puedan ser volubles, ese es, curiosamente, un tema menor— y los varones hipócritas, corruptos, banales, tilingos y, de ultima, cobardes; incapaces de asumir responsablemente su paternidad, obsesionados por el hacer a despecho del deber. Una categoría intermedia la constituyen las mujeres frívolas, es decir aquellas que, impotentes para enfrentar un mundo injusto y masculino, se entregan a los placeres fáciles, no por pasión, sino por comodidad. La mujer voluble, presa de su pasión o que alguna vez, especialmente fue frívola, suele ser disculpada en caso de conversión sincera, al devenir una solidaria que hace lo que corresponde de acuerdo a los principios de una moral natural. Las únicas figuras masculinas que tienden a

Y, claramente, para Wast la falta de caridad y solidaridad de los poderosos, gobernantes corruptos y cómplices de empresarios avaros, es la causa primera y última de la injusticia social, tan fácilmente solucionable con un mínimo de humanidad.

Lo «otro», la huelga, *ultima ratio* de los obreros, suele conllevar aún más sufrimiento:

Aquella noche Victoria, al sentarse a su lado, después de servir a los niños, le dijo:

—Parece que mañana declaran la huelga.

Mamita cerró los ojos, como si pudiera no ver en su imaginación lo que iba a venir.

El sueldo de su padre llegaba a sus manos bien roído y tenía todas las penas del mundo para vivir con eso.

¿Qué sucedería si aún eso faltaba?

No preguntó nada porque no le gustaba hablar de su miseria. Dios proveería (...) (Wast 1917: 98).

El relato se quiebra con una peripecia imprevista: el primo lejano Juan Crespi, enamorado perdidamente de Victoria aunque tímido,

(...) no hacía más que saludar. La relación estaba rota desde el día de la huelga, en que Juan concurrió al taller donde él [Mario Crespi] era capataz, en busca de trabajo.

Casi ningún obrero había ido y el mismo Crespi (...) faltó a la cita; pero el joven, en la encrucijada de trabajar o morirse de hambre, aprovechó la circunstancia y entró al taller, con buen jornal, desde el primer momento.

Esa tarde ya, Crespi no lo (SIC) habló.

salvarse son los héroes, los hombres valientes que cumplen con su deber pero que suelen tener un destino trágico. La alegoría cristiana, consciente o no, es clara: el varón bueno, antes o después, es de alguna manera crucificado o debe resignarse a una vida aparentemente mediocre por magnánimo. La mujer puede perderse en la frivolidad estéril e infeliz o santificarse al aceptar su dignidad, su superioridad reparadora, generalmente asociada a la maternidad. Los únicos varones rescatables, si no son héroes sociales, son los sacerdotes. Los presbíteros cumplen una función de reparación terrena de la injusticia, no utópica, al curar las heridas, del cuerpo, del alma y del espíritu.

—¡Carnero! —le gritaron al salir del taller, unos huelguistas.

Él se encogió de hombros, (...) satisfecho y fuerte, como para desafiar todas las injurias que podían hacerle los que no conocían su miseria ni su necesidad (Wast 1917: 99).

Crespi lo increpó:

—Has hecho mal, Juan (...) —Yo te habría ayudado...

—Yo no quiero limosnas.

—No hubiera sido una *limosna*: yo soy tu pariente.

—Pero usted es pobre; y no tiene deberes conmigo. Yo no quiero deber nada a nadie.

—Has hecho mal, y los compañeros te odian, y yo... no puedo perdonarte, porque nos has traicionado. Estamos defendiendo no sólo nuestros derechos, sino también los tuyos, porque defendemos los *intereses del trabajo*, contra la tiranía del capital. El triunfo es seguro, si marchamos unidos; uno de los nuestros que falle es la desmoralización, y es la derrota. Y vos ¡vos!¹¹ mi pariente, te has pasado al enemigo, en contra de nosotros, que somos tus hermanos y por tu mal ejemplo va a ser vencida nuestra justicia. ¡No puedo perdonarte!

Juan se quedó callado. Pensó que aquel hombre que le hablaba con tristeza, casi con afecto, pero con irreductible convicción, arrojándolo de su amistad y de su casa, era el padre de Victoria (Wast 1917:100, el destacado es propio).

En esta larga cita concurren algunos elementos centrales de la construcción semio-ideológica de Wast, a saber:

Limosna [dádiva] vs. Trabajo [social]

Egoísmo vs. Solidaridad

Hechos vs. Palabras

El joven mísero, campesino e inmigrante, no desea «limosna», el trabajo lo dignifica, pero no comprende que el trabajo en el contexto del capitalismo industrial, no es un trabajo «individual» sino en el ámbito de una estructura de producción compleja. Su dignidad lo lleva a cometer el error por caer en la

¹¹ Nótese cuán tempranamente introduce Wast el uso natural y realista del «vos», acerca de cuyo uso aún se discutiría en la década del sesenta. *Cfr.* v. gr. Jorge L. Borges, «Las alarmas del doctor Américo Castro» en *Otras inquisiciones* (1952) y Ernesto Sábato, «El voseo» (1964).

ilusión individualista. Por su parte Crespi, su tío, no lo hubiese abandonado nunca, primero, apelando al derecho natural, porque es familia; segundo porque la instrucción sindical le había enseñado la dimensión colectiva del trabajo. Su *hybris* se manifiesta, como en el catalán Valrull y como en tantos otros obreristas, en creer que el sindicalismo, sin reforma de valores, sin contenido moral, podrá abolir, máxime definitivamente, las injusticias sociales, milagrosamente. No se equivoca al apelar a la solidaridad obrera, entre todos los hombres de buena voluntad —inclusive los gobernantes honestos y la patronal justa— pero sí, según el punto de vista del narrador, al invocar una ley socio-natural, determinista y mecanicista como causa eficiente y final de la justicia terrenal.

Paradójicamente el narrador cristiano no cree en milagros en el orden de lo social o de lo natural, más allá de la aceptación de saludables alegorías. Los únicos milagros posibles, *el milagro por antonomasia*, se dan en el corazón de los hombres. Según Wast, Dios actúa los milagros mediante la conversión del prójimo. En el gesto de Victoria al compadecerse de Mamita y quitarse literalmente el pan de su boca; en el amor de Mamita, la casi niña de 17 años, por sus hermanitos hambrientos y huérfanos, está presente la mano de Dios. Aunque resulte insuficiente. Y lo es porque esos gestos no se repiten suficientemente y muchos menos entre los inmensamente ricos y poderosos, preocupados por frivolidades ridículas y egoístas.

Pero los pobres, *per se*, no se salvan, sólo por el hecho de ser pobres. Si bien es más difícil, casi imposible —como recuerda insistentemente el Evangelio— la salvación de un rico: cuanto más rico más difícil e inconstante es la conversión (ver *Ciudad turbulenta, ciudad alegre*, 1919).

No obstante, en esta última novela, el personaje de Julieta Abismo, la frívola pasional, la Magdalena del palacete de Barrio Norte, también ella, tiene derecho al perdón, a la salvación, a condición de su conversión, efectiva y en acto, de hechos y no de palabra. La mujer fácil, envidiada, criticada, crucificada por sus «pecados carnales» (pero secretamente imitada) por la hipócrita sociedad porteña, se entrega al amor y, en un gesto escandaloso y subversivo, se casa con su *chófer*, socavando con esa acción, los cimientos del *status quo* de la infame oligarquía porteña.

La mujer que no es esclava de la pobreza y de los varones egoístas que la seducen y abandonan, es víctima de las frivolidades para las que son educadas, un laberinto de depresión y banalidad. Sólo las valientes y rectas, más de lo que parece, éticas y morales (no en el sentido de reprimidas sexuales, tal como la

entienden en la sociedad porteña ni las comadres de provincia) logran desplegar toda su personalidad y, en cierto sentido, reconciliar a la sociedad.

Juan Crespi, enamorado perdidamente de Victoria, se siente herido por la diatriba de su tío lejano, Mario Crespi, el capataz sindicalista, el padre de su amada la que «Cada vez parecía más alejada de él, a quien todos conocían como el enemigo de su clase, de su casta, de su sangre; y eso le infundía una pesada tristeza, que le hacía bajar los ojos cuando pasaba cerca de ella» (Wast 1917:100).

Pero el proceso textual es más complejo, menos maniqueísta de lo que parece a simple vista. Luego de soportar el dolor de la profunda herida por su humillación, Juan responde. En este punto se presenta una curiosa, una rápida deconstrucción del derecho natural y positivo en torno a las disputas sindicales y obreras. El fragmento presenta en su brevedad todas cuestiones delicadas, mistificadas, que tratan de desnaturalizarse, tanto desde la perspectiva obrerista como de la patronal, enmarcadas en la tragicidad de la época y de los sentimientos del joven proletario.

—Vea: ayer me pagaron. (...) era el primer dinero que ganaba aquí. ¿Sabe lo que sentí al recibirlo? ¡Sentí ganas de besar la mano del que me lo entregó!

(...)

—Entonces estás loco.

—Puede ser; también ustedes están locos: sienten voces oscuras y marchan sin querer, siguiendo a otros que tampoco saben a dónde van. ¡Eso sentí yo!

—¿Ganas de besar una mano que te daba lo tuyo?

—Sí, que me daba lo mío. Yo sabía que eso era mío pues lo había ganado hasta con peligro de mi vida por la huelga. Los que no han vivido como yo días y días perdidos en los campos, pidiendo trabajo como una limosna y muriéndose de hambre o de vergüenza, porque allí nadie necesita a nadie, es el país de los pobres, donde sólo un rico puede vivir ¡ah! Los que no han vivido así no conocen el descanso de trabajar hoy, y saber que seguiremos trabajando mañana y siempre...

(...)

Crespi lo miraba sorprendido, y silencioso. En el fondo algunos de sus pensamientos coincidían con los de él.

(...)

—Cuando falta el trabajo, se le busca, y lo pedimos casi como una limosna.

—Tenemos derecho a que nos lo den.

—Así dicen, ¿pero a que nos lo dé quién? ¿El dueño de un taller que tiene su personal completo? ¿el de una fábrica cerrada? ¿el industrial fundido? ¿quién ha de darnos el trabajo a que tenemos derecho?

—La sociedad

—¿Pero quién es la sociedad? (Wast 1917:101).

En este punto el narrador, sin negar los derechos obreros, sin justificar las injusticias, desnaturaliza algunos de los conceptos más reiterados en la jerga sindical de principios del novecientos. Es decir, el derecho a trabajar no puede ser visto como un concepto, como un derecho absoluto, aislado de un sistema general de reproducción general y de valores de la sociedad toda. No una abstracta sociedad, como dice el texto, sino una comunidad solidaria constituida con hombres que se ven como prójimos y no como enemigos. La distancia con la teoría socialista clásica es intransigente en este punto. Considerar a las clases como los elementos mínimos y autosuficientes de la organización social destruye a la persona humana. Según lo que presenta el texto en su complejidad, es obviar el dolor de seres de carne y hueso como Mamita, como Victoria, como el joven Juan, como el severo Mario que no obstante duda. Es comprender las contradicciones y la alienación del catalán Valrull, que abandona a la buena de Dios —a la misericordia de Victoria— a sus hijos huérfanos y hambrientos, por perseguir la utopía y por su adicción. Las cosas no son simples, según Wast: lamentablemente los problemas sociales son extremadamente complejos y frecuentemente terminan en tragedias. Lo verdaderamente trágico es que terminan en tragedias evitables: la única condición es la conversión del corazón humano y la transformación en pequeños gestos solidarios.

Juan insiste en sus dudas. Crespi también duda pero esconde con ira sus dilaciones:

—¿Quiénes son los que se equivocan? ¿Ustedes o yo?

— ¡Vos! —le replicó Crespi con ira, observando la turbación que le producía la llegada de su hija.

(...)

—¡Andáte con ellos! ¡Mezcláte a los ricos y hacéte su igual, si podés! Buscá allá tus amigos, y dejáenos a nosotros que no te comprendemos, ni podemos quererte... (WastT 1917:102).

Juan no comprendía el odio, el desprecio. Había un hiato conceptual, cultural e ideológico entre ambos.

¿Por qué estaban todos contra él? ¿de dónde les nacía tan ciego rencor? ¿no eran bastantes ya las esclavitudes que había en la vida, para que ellos mismos inventen otras y se sujetaran a ellas y persiguieran a los rebeldes, que no se sometían a los nuevos tiranos, con una implacable saña?(Wast 1917: 104).

El narrador presentó hasta aquí dos visiones extremas, encarnadas aquí en Juan, el carnero individualista y en Valrull, el «nuevo tirano» al decir de Juan. Mario, si bien fiel a la causa obrera, honestamente duda. No de la justicia de su reclamo sino del fanatismo del mismo. La causa obrera era sin lugar a duda ética, Mario no lo dudaba, pero no todos los obreros lo eran. No obstante, por lealtad de clase había herido y expulsado a su sobrino. Y seguramente ese fue un acto de suma injusticia con imprevisibles consecuencias en un futuro inmediato:

(...) Y esa nueva injusticia era la única verdad que [Juan] aprendiera ese día (Wast 1917:104).

Pero Mario también temía, aunque no lo confesara, por el curso que tomaban los acontecimientos. Por los riesgos implicados en tal *in crescendo* de violencia obrera, justificados solamente por una promesa que el Presidente (*i.e.* la política de los hombres) había supuestamente hecho al beodo representante de la Federación Obrera, que eran imprevisibles:

El plan de los huelguistas era extender el movimiento a todas las empresas de transporte y a todos los gremios. Así aislarían la gran ciudad del resto del país, condenándola a perecer, si no aceptaba la ley que ellos le dictasen.

Pero aquel plan fracasó, porque faltó la solidaridad necesaria de los ferroviarios de otras empresas y de los demás obreros (Wast 1917:104).

El final de la huelga es abrupto. Evidentemente la huelga no contaba con alianzas tácticas, no se había verificado la dimensión del descontento... Parecía el sueño megalómano de un beodo y de un grupo de ingenuos. Falló, nos insiste el narrador, la solidaridad. He aquí el gran límite de las acciones humanas.

Por ello Mario fue injusto al echar a Juan. Por mucho menos, otros obreros, otros ferroviarios incluso, habían traicionado al movimiento obrero dejándolos a ellos al descubierto.

Insistentemente Valrull, sin rectificarse, sueña con una gran huelga general en noviembre, en el mes de la cosecha. E insiste en que «Tendremos de nuestro lado al presidente» (Wast 1917:105). El mítico y oculto presidente, garante de los obreros pero solo virtualmente, cual promesas vanas.

No obstante, en un giro narrativo casi de crónica periodística, casi al pasar, el texto vuelve a presentar la huelga (verdadero protagonista del relato) en su inopinado y rápido reinicio:

Un día los obreros desertaron de nuevo de los talleres, y la llamarada de la huelga abrazó todos los gremios y todas las ciudades.

Y días de imponderable y desconocida humillación empezaron para Buenos Aires, (...) como una capital sitiada (...)

Había nacido en los huelguistas la ilusión de un triunfo a breve plazo; más no ocurrió así, y a medida que pasaban los días, sin resolverse el conflicto, se alzó ante ellos la pavorosa perspectiva de la miseria, (...).

Los que tenían reservas o ahorros los consumieron; los que no los tenían, se apretaron el estómago, o ensordecieron los oídos al llanto de sus hijos, o los dejaron ir a mendigar por las calles (Wast 1917: 105-106).

El narrador participa de la perspectiva de los huelguistas, la miseria y la explotación nunca jamás son justificables y no duda en tomar partido contra los insensibles, contra «la implacable moral burguesa, de los egoístas» cuando cierto día, Mamita mendigaba por los barrios lejanos con su hermanito menor, y ante tal drama en vez de solidarizarse con tal desolación y miseria, la imprecaban diciéndole:

¿Es su hijo? —solían preguntarle viendo su juventud.

Algunas veces refería la verdad; otras, por cansancio de contar su historia, dejaba pensar lo que quisieran. (...)

«¡Bien merecido lo tiene!» (...) «Llévelo a la Cuna y colóquese de ama» (Wast 1917:106-107).

El narrador pasa a esbozar en este capítulo casi una novela de tesis contra la

moral burguesa, capitalista e hipócrita. Pero también contra la suicida intransigencia obrera. Contra lo evidente, contra los acontecimientos, el sindicalista Valrull no cede a su ilusión hasta niveles que rozan el absurdo:

Recrudecieron las violencias que habían desacreditado la huelga anterior, y se vieron cohortes de obreros, encabezados por mujeres y niños, que se lanzaban al incendio, (...) a la destrucción (...) y (...) al pillaje (...).

El gobierno mandaba tropas contra ellos (...).

—¡Tienen orden de no tirarnos! —susurrábales al oído la voz de Valrull.

Y aquello parecía verdad. Los oficiales parlamentaban y la tropa devoraba la afrenta (...)

(...) la impunidad trajo el desborde de todos los excesos, y eso provocó la reacción. Un día la tropa mal advertida e inobediente, hizo fuego de veras

(...) dejando algunos muertos (...) niños y mujeres (...)

(...) provocó terribles represalias (...)

El gobierno (...) empezaba a comprender que las fuerzas vitales de la nación estaban amenazadas (...) (Wast 1917:107).

Etcétera. El ritmo del texto se precipita paralelamente al de los acontecimientos. El gobierno ordena poner en movimiento los trenes protegidos por las tropas:

Juan, ocupó un puesto de segundo maquinista en uno de los convoyes de exploración, (...).

Sabía que su tren sería asaltado (...) no le faltaba aquel valor que un día puso en duda Marcos Valrull (...) (Wast 1917:107).

El texto deja de lado la crónica periodística y la novela de tesis y se resuelve, cosa frecuente en Wast, en un melodrama típico, hiperbólico y quasi operístico:

(...) [Juan] ¡Oh, la amaba!

(...) aceptó con regocijo la proposición de conducir el primer tren (...)

Así la vería, mezclada en la horda injusta (...).

¡Así se la imaginaba! pero aun así, deseaba verla, para que ella a su vez, le viera morir (Wast 1917:108).

Y así, en el súbito final, en un clímax de tensión, se entrecruzan los géneros discursivo y de melodrama romántico, pendularmente, vuelve nuevamente a presentar la tesis social y obrera, pero en tono naturalista y melodramático, casi épico, frecuente en las obras de tesis política.¹²

Bajo el crudo sol de la mañana, aparecía más lamentable el desfile de la multitud silenciosa, que avanzaba hacia la vía.

(...).

Muchos años de injusticia de los grandes, habían amasado la terrible levadura de odios, que fermentaba en las almas.

Ya no alumbraba en ellas la razón, porque habían salvado los diques de su derecho; pero tenían la convicción y la fuerza de los ciegos instintos, que llevaban con rumbos que nadie quería preguntar cuáles eran.

¿Era hacia la vida, era hacia la muerte? [Juan] (...) a la cabeza marchaban las mujeres y los niños, en cuyas entrañas ardía el encono del hambre, que apaga todas las ternuras (Wast 1917: 108).

Nada oculta el narrador. La injusticia es evidente. Sólo no la veía quien no la quería ver. La ternura, la sensibilidad no tenían ya lugar.

Marcos Valrull vió la rubia cabeza de su hija caída sobre la mesa, y por un segundo alumbró su conciencia el remordimiento (...)

—¡Dáme tu delantal!(...)

Ella se acordó entonces de un delantal rojo, con el color de la sangre fresca, que él un día le regalara prohibiéndole que lo perdiera porque alguna vez les serviría de estandarte. (...).

Era una grotesca bandera, que en otras circunstancias habría movido a risa a los burgueses (Wast 1917:109).

El final crece en intensidad dramática. La tragedia, en todas sus facetas se avecina:

¹² Por ejemplo, salvando las distancias, *Novecento* de Bertolucci (1976). El final de la locomotora que choca con los obreros es un tópico clásico de la literatura anarcocomunista que reaparece en la poesía y en las canciones militantes de G. Guccini, explícitamente retomada, como por ejemplo en el tema «La locomotiva» (1976).

La silueta de la máquina se agrandaba monstruosamente ante las torbas miradas.

Veíanse las cabezas de los soldados (...)

—¿Se iba a dejar matar esa gente por la máquina bruta y ciega? (Wast 1917:110).

Aun cuando Juan, segundo maquinista, quiso detenerse al ver, inverosímilmente, entre la multitud la cabeza de Victoria, el primer maquinista se lo impidió y aceleró. Finalmente Juan logra detener bruscamente la máquina a pasos de la masa. Pero la tragedia es tan fatal como inevitable:

Sonó luego un tiro de revólver (...) otra bala hirió a un soldado, y la tropa enfurecida se echó a tierra y abrió el fuego (Wast 1917:110).

Juan, en medio del tiroteo, busca a su amada Victoria y finalmente la encuentra caída. La recoge y en un final pucciniano, se confiesan y juran amor:

Y la apretó contra su pecho, donde ella escondió la cara buscando un refugio (Wast 1917:111).

Ambos sobreviven, pero:

(...) mientras ellos hablaban de amor, y a la distancia huían los obreros perseguidos, a dos pasos de allí, caída en el talud del terraplén, junto a su bandera roja, estaba la hija de Valrull.

—¡Mamita! —le gritaba el nene prendido a su cuello (...)

(...) tenía una bala en el pecho, y la sangre que manaba dulcemente de la herida, haciendo de sus ropas otra bandera.

(...) Juan y Victoria pudieron oír aquel lamento desesperado, y sin respuesta del niño abandonado, que sólo podía pronunciar una palabra:

—¡Mamita! ¡Mamita! (Wast 1917:111).

Este posicionamiento del narrador indicaría, en una primera aproximación, una cierta confusión o ambivalencia ideológica del autor empírico. O eso parecería.

Los obreros no están idealizados. No hay una versión populista ni demagógica del pobre, pero tampoco se demoniza a la patronal, *per se*. No humanamente.

Según Wast, todos los humanos son pecadores. La bondad absoluta está vedada a los hombres. La perfección también y por su libertad no pueden dejar de ser pecadores y lo único posible es el sincero arrepentimiento y la contrición. Por cruel que sea la patronal, por cruel que sea el subversivo, no se puede odiar al hombre que hay en ellos. Se puede y debe odiar al cruel asesino que sin piedad ejecuta por venganza y resentimiento; se puede y se debe odiar y repudiar al patrón explotador. Y el pecado, desde la caída, es consubstancial al hombre. Más no todo es lo mismo. La sociedad humana es imperfecta como su creador inmediato, el hombre, pero que sea imperfecta no impide que sea perfectible. Y eso es lo que se debe buscar como ideal social: no la perfección pero si aspirar a ella. En cada gesto de nuestras vidas.

Por ello no resultaría contradictorio que el narrador sostenga simultáneamente una rigurosa crítica a los explotadores y al sistema de explotación, pero que simultáneamente no justifique ni comprenda el sentido de odiar, persona a persona, al circunstancial enemigo.

Ni el odio, ni el resentimiento ni la venganza, postula premonitoriamente este relato, pueden ser la senda que conducirá a la justicia social. La justicia social podrá ser una utopía pero un cierto grado de realización de la misma es factible. Sensiblemente posible. Además la destrucción de la sociedad, de los medios de producción y de la organización de la cultura, a los únicos que puede favorecer es a los grupos de poder concentrado, perjudicando a la casi la totalidad de los habitantes de un país, de un territorio. El estado, la sociedad civil, favorecen la igualdad de oportunidades, evitan la guerra fratricida, el ascenso del dictador oportunista que lucra para su beneficio con las infinitas fricciones sociales entre los grupos activos. Los políticos corruptos serán los únicos beneficiarios de la disolución de la sociedad civil; salvo ellos, todos serán perjudicados. El canto de las sirenas de la revolución inmediata es una peligrosa fantasía. Wast entiende, postula que «la *concordia* entre todos los habitantes de la patria es el único camino hacia la armonía y la justicia, en paz».

Esta tesis, que Wast irá esbozando desde esta novela hasta el final de su obra, será fundamental a lo largo de toda su vida y explicará su derrotero ideológico, incluso sus graves errores o contradicciones.

Lo notable es que en esta novela breve presenciamos el surgir de un proceso narrativo que se irá extendiendo y reafirmando a lo largo de los años, como consecuencia también de la interacción con los hechos políticos que se irán dando en las décadas venideras, con el consecuente deslizamiento de su propio pensamiento como el de su misma generación.

«La huelga» entre crónica y ficción

Por su temática y por su estructura formal «La huelga» es un producto narrativo bastante curioso en el cotexto de la obra de Wast y en el contexto del campo literario contemporáneo.

Brevemente se puede esbozar la siguiente estructura narrativa basada en una rápida sucesión de hechos:

§ Introducción típica de una ficción realista con la ligera incorporación de un ingrediente romántico. Presenta el escenario y las condiciones de vida de una familia obrera en clave de novela realista, con un tono neutro. Evita la descripción truculenta, sin ocultar la miseria de Juan. La familia de su tío, Mario Crespi aún en una situación difícil y dura, sobrevive con trabajo y con afecto, recíproco, entre padre e hija. Hay sacrificio, trabajo y respeto. Juan es compadecido humanamente. Es inmediata y solidariamente aceptado por sus parientes y Victoria no puede contener el surgimiento de una honesta atracción hacia su joven primo. La llegada del dirigente catalán Marcos Vanrull marca un hiato en el estilo narrativo. La conflictividad del contexto entra brutalmente en el relato. Ese *mínimum* de armonía, (a pesar del sacrificio cotidiano de padre e hija, a pesar del hambre y del abandono del joven Juan Crespi) es interrumpido por la llegada del sindicalista beodo, embrutecido por la explotación y por el resentimiento. No obstante Victoria, inmediatamente y como consecuencia de esa visita, aprovecha para visitar a la hija de este último, apodada Mamita, con premura y una cierta alegría. Mamita es una joven vecina de su edad, nada extraño es que se visiten, posiblemente son amigas.

§ Sin embargo el capítulo siguiente cambia la perspectiva narrativa pues el relato pasa de un realismo balzaciano o stendhaliano a un crudo naturalismo zoliano. La casa de Vanrull es desoladora, marcada por el abandono, la miseria y el hambre. Es viudo, como Crespi pero tiene una prole de cinco hijos; la mayor —Mamita— cumple un papel de madre sacrificada, ocupándose de alimentar a sus cuatro hermanos menores, el más pequeño de los cuales es prácticamente un bebé de unos dos años. No obstante una luz de esperanza brilla en medio de la noche oscura de la miseria: Victoria la visita para ayudarla, para que Mamita pueda comer, lo poco que pudo llevarle de su pobre casa y completar también la magra cena de los niños. Malos augurios se anuncian. Mamita, preocupada por el día a día, se angustia pensando y contando a su amiga que se avecina la

huelga. Su padre, en cambio, en ese momento comenta lo mismo a su compañero Crespi, pero exulta de alegría, confía en el nuevo Presidente: su tono es épico, de un optimismo positivista, típico de muchos de los sindicalistas anarquistas de la época. No duda en la «victoria».

§ Los capítulos siguientes rozan la crónica. Relatan los sucesos acaecidos entre la primera y la segunda huelga ferroviaria y su generalización. Narración casi periodística, un narrador omnisciente que tiende a ser equidistante, a contar los «hechos» ocurridos con cierta moderación «objetiva» no ocultando la —por momentos—violentísima acción obrera y la no menos exagerada represión gubernamental. Vanrull confía en el triunfo porque confía en la palabra empeñada del Presidente (Yrigoyen) —y el narrador, con cierta ambigüedad, también acepta las buenas intenciones del Presidente— y sobre todo en la relativa paciencia de la tropa y en el espíritu de negociación de sus oficiales.

§ Los capítulos restantes y hasta el final, mezclarán —según las necesidades discursivas— la crónica periodística, la descripción meticulosa del devenir de los hechos, de la tragedia del *in crescendo* que, por la misma naturaleza de las cosas, se desmadra. Por momentos la simpatía del narrador se inclina emotiva y pasionalmente hacia los obreros, las víctimas de las injusticias, de la explotación fenicia, de los desarmados que luchan suicidamente contra las tropas armadas y contra la «locomotora» potente y ciega. Locomotora símbolo del progreso, del maquinismo y de la explotación capitalista. El narrador se compadece y le duele la sangre derramada, los niños y mujeres sacrificados por la utopía, los huérfanos hambrientos... Pero racionalmente el narrador, en pequeños gestos narrativos, señala lo poco oportuno, lo demencial y suicida de esa protesta, justificada pero peligrosa para el orden y la paz social, pero también perversa pues termina perjudicando los intereses obreros que pagan con sus vidas su justa rebelión. Racionalmente no puede aceptar la solución violenta porque no es tal e inmoló a los explotados. Justifica a los capitalistas fenicios que buscan el quiebre del movimiento obrero. Es curioso que exculpa, implícitamente al Presidente, a los militares y a los obreros de la violencia. Esa violencia en ese contexto, es inevitable. Basta la bala de un provocador, el nerviosismo de algún soldado temeroso, para que se desate la tragedia. Incluso no ahorra mostrar el quiebre de los «proletarios», la traición de la «aristocracia obrera» (el primer maquinista) que por egoísmo e intereses inmediatos desea escarmentar a la

«turba» anárquica e inconforme, a los rotosos que nunca se conforman y que en definitiva padecen lo que padecen por utópicos y viciosos.

En este relato como en otras novelas de Wast, se muestra una característica de su narrativa, su talón de Aquiles en opinión de tantos críticos, del cual es consciente el mismo Wast pero que no deja de preferir, sea porque es lo que asegura su éxito editorial, sea porque no ve otra salida a los conflictos humanos y sociales crudamente presentados: el *melodrama*. Wast casi sin excepción y como aparece aquí en toda su dimensión, remata el relato con un final melodramático, para muchos cursi y kitsch, en su máxima expresión: los amantes que sobreviven a todo; los amantes que se convierten en héroes, en dioses cotidianos y lo irremediable de la muerte de Mamita, dejando nuevamente huérfanos a sus hermanitos que quedarán en el más crudo desamparo.

La eficacia pragmática de este relato es ambigua o por lo menos abierta: cada uno de los jóvenes amantes —justos, honrados y honestos— actuó moralmente en lados opuestos, cada uno fue sincero, leal y ético a pesar de las debilidades humanas y encontrará la felicidad el uno en el otro, pero también asumirán, podrán asumir, (¿deberían hacerlo?) ocuparse de los hijos de Vanrull triplemente huérfanos: de la madre muerta; del padre beodo y sindicalista; y de “Mamita” la hermana mayor que se había inmolado por la prole de su padre y que fue inmolada por su padre en el ara de la «bandera roja» en la cual se transformó su cuerpo al ser asesinada al lado de las vías, ante la desesperación de su hermanito que clamaba al cielo, con un llanto desesperado, justicia. ¿Juan y Victoria podrán ayudarlos? ¿Podrá la sociedad toda escapar a la responsabilidad colectiva de las causas y de las tragedias de esos crónicos actos de violencia?, ¿o aceptará sus responsabilidades y «cambiará las cosas» aunque más no sea mínimamente?

El narrador no propone la utopía pero sí propone el despertar de las conciencias, empezando por la de los empresarios y por las de los políticos cómplices que no podían seguir permaneciendo indiferentes ante tamaña tragedia que se repetía iterativamente desde hacía ya décadas.

Ahora bien, esta lectura (que pretende deconstruir mínimamente los lugares comunes en torno a la lectura de Wast y tratar de predecir las consecuencias pragmáticas de esta y otras narraciones similares, suyas y de otros autores de su generación) se puede ampliar más aún a la luz de ciertos indicadores historiográficos que confirman que el programa narrativo de Wast es más complejo de lo que su edulcorado sentimentalismo podría hacer pensar.

Reflexionemos sobre un punto. La *nouvelle* fue publicada a fines de noviembre de 1917. Es ese un momento clave para la historia del mundo: se acerca la finalización de la Gran Guerra, se inicia el *Biennio rosso* en Torino (1917-1918), se acaba de producir la Revolución Rusa.

En el contexto argentino se había vivido un año de conmoción permanente,¹³ para la sociedad y la política, que se acomodaban dificultosamente y con fricciones al «experimento Yrigoyen», especialmente en el trascurso del primer año del primer gobierno argentino elegido por el voto «universal, secreto y obligatorio». No obstante la conmoción social y la insurgencia obrera, lejos de disminuir, aumentaba. En 1917 se contabilizaron 198 huelgas y particularmente activas fueron, precisamente, las huelgas ferroviarias.¹⁴ Esta conmoción social permanente y crónica, tal como muestra el texto, seguirá escalando y llegará al clímax de la Semana Trágica (1918) y a la insurgencia y represión en las estancias

¹³ La entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial y la revolución bolchevique en Rusia son dos hechos que tienen enorme repercusión en la Argentina durante 1917. Una flota de guerra estadounidense visita Buenos Aires y su tripulación desfila por las calles, siendo aclamada por una multitud partidaria de los aliados. Se producen numerosos ataques a instituciones y empresas alemanas así como roces diplomáticos entre la Cancillería argentina y el gobierno alemán. Yrigoyen personalmente defiende la neutralidad pese al confuso hundimiento de algunas naves argentinas por submarinos alemanes (el mercante Monte Protegido, el velero Oriana y el carguero Toro). Muchos radicales y la totalidad de los diputados socialistas votan por la entrada en la guerra, opinión que se exagera cuando llega la noticia de estos hundimientos pero Yrigoyen continúa inflexible en la política neutralista.

¹⁴ En cambio, se declara por decreto al 12 de Octubre como Día de la Raza. Además, se sancionan la ley del Hogar, para proveer tierras a los trabajadores del agro y una ley de alquileres que pone fin al malestar de los inquilinos. Hay infinidad de huelgas por el alza del costo de vida —otro de los efectos de la guerra—pero el gobierno, en general, tiene una actitud de simpatía por los reclamos obreros. Durante 1917 se producen los primeros signos de reactivación tras la crisis económica que se desató en 1913. Esta crisis había traído aparejado un aumento de la desocupación, la baja en las exportaciones y un crecimiento de la inflación. El alivio se traduce ahora en el crecimiento de las exportaciones. Las encabezan la producción de carne enlatada para alimentar a los soldados europeos en el frente de la Primera Guerra Mundial. Ocurre lo mismo con los textiles, para la confección de abrigos y frazadas. Esto hace subir la producción de lana y de algodón. La desocupación se retrae debido a la instalación de empresas extranjeras que crean fuentes de trabajo. Entre ellas figuran las estadounidenses International Bank of Boston, National Lead y Ford, cuyo crecimiento vertiginoso en la producción de automotores se dará a partir del 1920. Esta reactivación de la economía, paradójicamente, no trae tranquilidad al gobierno de Hipólito Yrigoyen. Al comprobar mejores condiciones en los beneficios de sus empleadores, los obreros reclaman por una porción mayor en el reparto de la riqueza. Una ola de huelgas recorre el país y obliga a Yrigoyen a mediar en numerosos conflictos.

patagónicas.¹⁵

Por lo tanto el tema de la huelga durante 1917 está lejos de ser una temática abstracta y adquiere una gran significatividad presente, no sólo para entender las condiciones de producción material e ideológicas del texto, sino también para comprender, merced los usos discursivos presentes en el mismo, algunos puntos fundamentales en torno a él y al posicionamiento del autor empírico.

El tópico de las luchas obreras era, entonces, un innegable dato de «lo real», una preocupación permanente de toda la sociedad argentina de la época. Gobierno, sindicalistas, burguesía, obreros, intelectuales, no podían o no deberían (según la conclusión del texto) ignorar el fenómeno, ser indiferentes al dolor y a la tragedia obrera. Wast no es la excepción, contrariamente a lo esperado por muchos. Su «exceso de sentimentalismo», sus recursos melodramáticos (puros, en sentido estricto de género y no paródico) no quitan actualidad al relato ni falta de compromiso al autor, muy cercano, *prima facie, hic et nunc*, al posicionamiento del Presidente. Reiteramos:

—Tienen orden de no tirarnos —susurráales al oído la voz de Valrull.

Y aquello parecía verdad. Los oficiales parlamentaban y la tropa devoraba la afrenta de tener que abandonar el campo, cuando las buenas razones no eran suficientes para contener a los huelguistas (Wast 1917:107)

Particularmente virulentas fueron durante 1917 las huelgas ferroviarias. El texto, a pesar de su estilo cronístico, no determina a cuál o cuáles se refiere, por licencia literaria o por evidente para el lector modelo del mismo. Pero las fechas son significativas y resulta particularmente reconstruible la línea de hechos y acontecimientos sobre los que innegablemente se asienta la narración, para luego trabajar sobre ella con la ficcionalización melodramática de corte romántico y de novela de tesis.

La crisis ferroviaria comienza en agosto de 1917, en un intento de huelga ferroviaria unitaria (inicio del relato de Wast) que fracasa —por falta de unidad

¹⁵ En mayo, el gobierno radical se enfrenta a los poderosos intereses británicos decidiendo la caducidad de las concesiones vencidas y, a la vez, la potestad oficial de fijar las tarifas. Y se sanciona la ley que establece la creación del Concejo Deliberante de la Capital Federal mediante el voto universal. Es decir que en adelante la ciudadanía porteña elegirá a sus treinta representantes. También aparece el primer tomo de la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas, obra monumental que tardará varios años en completarse y cuyo conjunto establece un completísimo panorama de las letras argentinas desde la época colonial.

entre los sindicatos ferroviarios y las federaciones obreras— para luego recrudecer en el mes de septiembre y concluir en octubre del mismo año (conclusión del relato de Wast).

La «gran huelga ferroviaria», la que desencadena la tragedia ficcionalizada, es, como enseña el texto, una huelga general en la que mancomunadamente la «Fraternidad de Personal Ferroviario de Locomotoras» (FPFL), la «Federación Obrera Ferroviaria» (FOF) y la «Asociación Argentina de Telegrafista y Empleados Postales» (AATEP), centralizan su accionar mediante la formación de una «Comisión Mixta de Huelga», que asumió la dirección del paro cuyo comienzo fue el 24 de septiembre de 1917 y concluyó el 17 de octubre de ese mismo año.

Según la memoria sindical:

La explotación ferroviaria ha sido afectada durante el año 1917 y lo seguirá siendo hasta la finalización de la guerra [Primera Guerra Mundial] por el aumento de los gastos, incluyendo en ello el de los salarios impuestos por el encarecimiento de la vida, y por las condiciones precarias en que se desenvolvía el trabajo del personal ferroviario, debido al poco desempeño que las empresas había puesto en mejorar su situación antes de producirse la huelga (...). Ese movimiento de reivindicación obrera, justificado en sus causas determinantes, y del que solo deben condenarse los excesos lamentables, en que incurrieron obreros dañando los intereses de algunas empresas, que si no pudieron prevenirse fueron duramente reprimidos por el Poder Ejecutivo, ha tenido como una de sus principales consecuencias el aumento del 10% sobre todos los salarios y sueldos hasta 300 pesos y las reglamentaciones dictadas en ejercicio de las facultades que acuerda el Poder Ejecutivo, la ley General de Ferrocarriles, consultando en lo posible las peculiaridades del trabajo de los ferroviarios sobre la base de jornadas de ocho horas de trabajo efectivo (Chitti & Agnelli 1937:118-9).

Curiosamente la misma Fraternidad, oficialmente (¡Semana Trágica mediante!), «reconoce» los «excesos» de «algunos» trabajadores («dañando los intereses [léase propiedad privada] de las empresas») y la «consecuente» (¿justificada?) represión del Ejecutivo, casi exculpándola (es parcialmente la posición del autor modelo del relato de Wast) así como se valoriza —a pesar del alto costo humano que se calla— el (¿magro?) éxito de la huelga: aumento salarial del 10% y Ley General de Ferrocarriles que trata de regular una jornada laboral de ocho horas, en la medida de los posible («consultando en lo posible las peculiaridades del trabajo de los ferroviarios sobre la base de jornadas de ocho horas de trabajo

efectivo») es decir concordando con los intereses de explotación de las empresas británicas.

Más aún, la burocracia sindical de 1937 nada dice de lo que nos relata «La huelga» de Wast sobre los «fusilados del riel». Y esto no deja de ser altamente significativo a la luz de nuestra lectura.

Sorprende entonces, que la denuncia de Wast en su novelita sea tanto más cruda que la relación sindical de 1937, la que antes que mencionar la «represión» y el «abuso patronal», criminaliza los «excesos» obreros.

Pero es aún más chocante esta oposición entre la «memoria sindical» de 1937 y «La huelga» de Wast de 1917, en lo referido a los «excesos» en que incurrieron los obreros contra las empresas y las causales de esta huelga, si se lee la visión empresaria británica sobre las huelgas de 1917-1918.

La primera crisis grave comenzó en Agosto de 1917, al estallar una huelga general ferroviaria, por el despido, por razones disciplinarias, de dos obreros argentinos en el taller [de Roque] Pérez del Ferrocarril Central Argentino, de propiedad inglesa, [y que] precipitó la huelga. En la demanda de los huelguistas no entraban los salarios, horas de trabajos, ni condiciones de labor general [SIC], pedían simplemente [SIC] la reincorporación de los dos hombres despedidos. Cuando la compañía se negó a ello, los obreros se declararon en huelga y apremiaron a otros grupos ferroviarios para que se le unieran. Rápidamente los obreros desmantelaron [SIC] el transporte ferroviario por todo el litoral.

Hubo algunos [SIC] episodios de violencia. Durante los turbulentos meses que transcurrieron entre Agosto de 1917 y junio de 1918, los incidentes más serios tuvieron lugar en Rosario en forma de huelgas salvajes [SIC], allí los huelguistas cometieron toda clase de atropello contra los ferrocarriles ingleses, se apoderaron de las oficinas de telégrafos, detuvieron trenes militares, volaron puentes, interrumpieron el servicio, agredieron a los rompehuelgas y destruyeron en gran escala los bienes Británicos [SIC].

Las tropas del gobierno, notoriamente presentes pero inactivas [SIC], mantenían una actitud indulgente hacia los alborotadores [SIC], la policía y las tropas nacionales, comisionadas para proteger de las compañías nada hicieron para reprimir a los huelguistas [SIC]. En más de una ocasión contemplaban como los obreros quemaban bienes de los ingleses, su presencia favoreció la destrucción al demostrar que el gobierno no arrestaría a nadie [SIC] por daños causados a las compañías ferroviarias inglesas.

A lo largo de toda la crisis, Hipólito Irigoyen se mostró abiertamente simpatizante y benévolo [SIC] en su tratamiento con los indómitos huelguistas. En aquel momento colocó las aspiraciones de estos por encima de toda otra consideración, no hizo nada por desbaratar su juego, ciertamente no prestó atención al cargo que le hacían los diplomáticos aliados de estar haciendo una política favorable al eje [SIC] (Wright 1974 (1986): 21-22).

Esta cita que representa la visión de la patronal británica es fundamental para entender el posicionamiento narrativo del autor modelo y, por ende, del autor empírico, al menos en 1917.

Veamos:

§ *No* pedían, salarios, ni horarios ni condiciones de trabajo; (contradice la memoria de la Fraternidad).

§ Pedían por la reincorporación de despedidos por razones disciplinarias [*i.e.* por reclamar, probablemente, por salarios, horarios y condiciones de trabajo]

§ Wright se contradice palmariamente: por un lado pretende disminuir la entidad de la huelga; por el otro, subraya que dismantelaron todo el transporte ferroviario [o sea de granos] en el Litoral.

§ Insiste en la salvaje agresión a los rompeshuelgas y a los «bienes Británicos»

§ Se escandaliza por la presencia «notoria» de tropas, pero «inactivas», que no defienden intereses británicos, sino que observan como los «alborotadores» destruyen. ¿Pero, son huelguistas salvajes o alborotadores? ¿Es una insurgencia revolucionaria o son unos pocos obreros despedidos?

§ El último responsable es, según Wright, el Presidente Yrigoyen, pues simpatiza con los huelguistas y en definitiva favorece al Eje.

El posicionamiento del autor modelo de «La huelga» coincidiría (supuestamente) con el del presidente Yrigoyen. No racionaliza el problema, lo expone en su dramatismo y en su humanidad. No justifica ni anatematiza a los huelguistas. Comprende su odio por la explotación sufrida y la consecuente acción violenta pero advierte que es suicida y que los muertos serán los obreros, en especial los más débiles, las víctimas crónicas de la explotación burguesa: las mujeres y los

niños. El Presidente tendría buenas intenciones, incluso los oficiales leales y democráticos, pero no pueden (¿o no quieren?) controlar los excesos de la tropa, inevitables, a causa de la tensión creciente en un contexto de violencia.

Dos son los enemigos denostados por el narrador: la burguesía y la violencia. De esto Wast y el nacionalismo católico posterior sacará sus principales conclusiones y claras normas de acción política y cultural.

Pero el texto, en su lectura atenta y buscando la máxima contextualización posible nos depara aún otra sorpresa, que ilumina su destreza constructiva y las condiciones de ficcionalización a partir de una dicción discursiva reelaborada en el cotexto del género melodramático y épico.

Esta huelga es eidéticamente ejemplar: ilumina acerca de la esencia de todas las huelgas (la sociedad capitalista, el lucro desmedido de las empresas burguesas, la alienación y cosificación del ser humano) pero también es el canto épico a una huelga en particular, la de los trabajadores ferroviarios argentinos durante 1917.

Es la construcción textual de un hecho histórico, específico en sus generalidades, con las correcciones del caso.

Conclusión provisoria

El vacío sufrido por Wast en vida por parte de la cultura académica contemporánea e incluso por la mayoría de sus colegas escritores, se pudo contrastar fácilmente por las fuentes anteriormente citadas —que podrían multiplicarse considerablemente—. Y se podría inferir, además, por algunos indicios altamente significativos.

Antes que nada por la insistencia del autor, en sus prólogos y prefacios a las numerosas reimpresiones y/o reediciones, a resumir la historia textual de la obra, a insistir en la ingente cantidad de ejemplares impresos, en las reediciones mejoradas y la consecuente difusión en el exterior —no sólo en Europa— de sus textos. También insiste en las traducciones o la difusión de su correspondencia con autores notables del mundo literario europeo.¹⁶

¹⁶ Un ejemplo significativo, por el peso de su interlocutor —que no oculta en la respuesta un cierto embarazo y presenta una elegante justificación— es la «Carta» de Jules Verne, insistentemente difundida por Wast en los prefacios de sus libros. Se transcribe a continuación en traducción al español: «Amiens, 4 marzo 1905. Estimado señor, Con gran sufrimiento por la vista tan debilitada no quiero sin embargo dejar pasar sin respuesta su tan amable carta. Lo hago

No obstante Wast producía incomodidad. Aún antes de desarrollar posiciones polémicas y políticamente incorrectas.

Su poética, de matriz realista clásica, reelaboraba, salvo excepciones, argumentos en boga, relativamente recientes o casi contemporáneos, propios de una narración periodística más que literaria, al menos para los cánones de época.

A su manera fue un precursor de la «*real fiction*» como lo muestra claramente su relato «La huelga». Como prueba de ello, baste recordar algunos hechos significativos: que durante 1917, en los talleres ferroviarios argentinos, de Rosario, de Roque Pérez, de Villa Lynch o de Justo Daract, en todos y en cada uno de ellos, estalla la huelga. Una huelga que se hace general, combatida y que termina en represión. En cada uno de estos y otros casos se repite la misma historia, a grandes trazos y en sus detalles mínimos.

Plausiblemente, por cercanía geográfica y cultural, la revuelta en los talleres ferroviarios de Justo Daract, pudieron haber sido la materia prima narrativa que inspiró este relato. El pueblo, como el descrito por Wast, era una población eminentemente ferroviaria, la casi totalidad de la población en 1917 trabajaba para el ferrocarril y, como en gran parte del país, se plegaron a los reclamos nacionales, produciéndose la violencia y desmanes descritas por todas las fuentes, incluso por esta misma novela. Como en otros casos el Gobierno Nacional envió tropas regulares para una eventual represión, en esta oportunidad el Regimiento de Caballería Dragones N° 4, con asiento en Villa Reynolds. Según la memoria sindical:

Estas tropas habían establecidos su vivac tras las vías del ferrocarril Buenos Aires-Pacífico, en la prolongación de calles Colón y Solís. No existía paso a nivel por lo que los comandos consideraban al lugar más adecuado para controlar el acceso a los Talleres Ferroviarios. Una lectura atenta del texto confirma casi periodísticamente la descripción del lugar.

A mediodía del 11 de Octubre los empleados ferroviarios se reunieron en el Depósito General de Materiales y luego marcharon en manifestación dispuestos e impedir el paso de trenes, por lo que intentarían sabotear las instalaciones. Esta manifestación que encabezaban los maquinistas «Vasco» Bilbiatura y Sarmiento entre otros, intentó voltear una columna de señales

ahora lamentando no poder colaborar con su revista, pero no puedo publicar nada fuera de la casa Hebel. Quiera usted aceptar mis sinceros cumplidos y agradecimiento. Julio Verne».

ubicada cerca del acceso de vías a los Talleres, actualmente Paradero Kilómetro 656. Las tropas del regimiento 4, intentaron persuadir a los huelguistas e iniciaron un tiroteo intimidatorio con el lamentado saldo de un muerto. Del matrimonio conformado por Pablo Seisdedos y Teresa Hernández, había nacido en España, país de origen de sus padres, don Roque Seisdedos, quien tras casarse con su compatriota Florencia Vicente, dejó España en pos de progreso en América del Sur. Roque Seisdedos había nacido en 1882 y ya en el amplio suelo argentino, escogió la naciente Justo Daract para radicar en el año 1908. Pocos meses después nació su primera hija que solo brindó diez meses de alegría al hogar de sus padres, puesto que falleció el miércoles 21 de diciembre de 1910. Su segundo vástago nació en Justo Daract el 23 de octubre de 1911, recibiendo el nombre de Amador. Su domicilio fue fijado en el entonces denominado kilómetro 652 o barrio obrero, en la actual calle Alberdi a solo 50 metros de Juan B. Justo en una precaria construcción de chapas de zinc, que aún subsiste. Su medio de vida era el ferrocarril, donde se desempeñaba como señalero y estando plegado al movimiento obrero no asistió a la manifestación de los huelguistas. Se encontraba en su domicilio cuando al tiroteo del Regimiento de Caballería N° 4, sorprendió a los manifestantes y quebraba el silencio pueblerino. Su modesta casa quedaba tan cerca al lugar donde se producía el tiroteo intimidatorio que intentó proteger inmediatamente a su familia colocando colchones contra las paredes de chapas para evitar que cualquier «bala perdida» pudiera herir a sus familiares. Cuando cumplía este operativo de seguridad, una bala traspasó las paredes de zinc y se incrustó en la región medio auxiliar izquierda de su pecho, perforando su quinto espacio intercostal, provocando la muerte por hemorragia interna.

Su cuerpo cumplió tal vez la función que intentó darle a los colchones, y paró la bala asesina que podría dañarle un familiar, y pagó con su vida tributo en pos de reivindicaciones laborales, como mártir daractense, víctima de la represión a la lucha obrera. Su tumba fue visitada con unción durante muchos años, debido al cariño ganado por haber muerto en un acto tan paternal intuyendo el peligro, por lo que algunos solían hacerles pedidos «milagrosos».¹⁷

Tematizar la huelga —temática urticante en la década del Centenario—, convertir una crónica periodística, hechos que algunos considerarían propios de las páginas policiales, en una narrativa ficcional con pretensiones literarias, no sólo es un muestra del «método» narrativo Wast, centrado en la ficcionalización de los

¹⁷Facsimile de la memoria sindical de la delegación local de trabajadores ferroviarios; Justo Daract: Ediciones de la Fraternidad, 1983:24-26.

conflictos sociales más evidentes, sino del profundo malestar cultural que por estilo y temática podía producir esa elección estilística y por ende ideológica.

Wast se dice católico y practicante. Por ello trata de ser coherente con la doctrina social de la Iglesia, de modo sistemático y explícito. No sólo en *Flor de durazno* (1911) sino también en *Novia de vacaciones* (1907), *La casa de los cuervos* (1916); *Ciudad turbulenta, ciudad alegre* (1919) y en particular en «La huelga» (1917), no sólo se pone (narrativamente) de parte de los anarquistas y de los sindicalistas ferroviarios sino que incluso justifica parcialmente a los violentos y partidarios de la acción directa, así como condena explícitamente a la patronal y a sus esbirros.

Wast se ubica en un punto incómodo, minando las creencias hegemónicas y contraculturales de casi todos. Esta afirmación no es ni pretende ser apologética sino descriptiva y está orientada a responder a la siguiente pregunta: ¿Es esto tal vez lo que explica su sistemático olvido?

Lo expuesto indica que el proceso textual y discursivo desarrollado por Wast, al menos entre 1905-1925, es mucho más complejo de lo que se supusiera así como las consecuencias pragmáticas de la recepción, tanto en su época como en la actualidad.

Las contrastaciones citadas, o aumentan el «misterio» del olvido o lo evidencian y clarifican, según la luz con la que se lo mire. Una lectura abierta (*misreading*) nos dirá mucho más de lo que, quizá, queramos escuchar. Por ello se deberá atender a la acogida del texto (Mancuso 2005) no sólo para la lectura de sus polémicos panfletos xenófobos sino también de sus tempranos relatos obreristas como «La huelga».

Se impone, por tanto, una sistemática deconstrucción, no sólo del autor sino también de los más rancios y automatizados supuestos hegemónicos de la cultura académica, que ocultan lo que dicen mostrar y producen prácticas decididamente reactivas que no permiten la problematización constante del objeto de estudio y, principalmente, de su contexto cultural, atravesado de contradicciones y peligrosas confusiones que perdurarán por décadas. ■

Anexo:

En su respuesta a Alfred Coester, quien le solicitaba a Gustavo Martínez Zuviría un detalle de su bibliografía (a propósito de la preparación del texto, finalmente publicado como *A Tentative Bibliography of Argentine Belles-Letres*, Harvard: Harvard University Press, 1933), Wast presentaba un detallado listado de sus obras.

La nota enviada a Coester fue publicada por este último en *Hispania*, vol. 16, no. 2, mayo de 1933: 187-188, quien encabezaba el breve texto del siguiente modo:

«Dr. Gustavo Martinez Zuviria, known to the admirers of his novels as "Hugo Wast," is now Director of the Biblioteca Nacional Argentina. He very graciously acceded to a request for an authoritative bibliography of his works, which he accompanied by the following letter. All of his novels have passed through so many editions that it would be difficult to list more than the first edition as is done here. Translations into various languages, too, which have been numerous, are not included. The list segregates the works which have appeared under his own name and those published by "Hugo Wast." The pseudonym is an anagram of his name Gustavo. Buenos Aires, 10.04.1931».

La respuesta de Wast se transcribe en su totalidad:

Buenos Aires, abril 10 de 1931

Señor don Alfred Coester

DISTINGUIDO SEÑOR Y AMIGO:

Contesto con mucho gusto su atta. del 16 de enero, agradeciéndole el honor de sus amables palabras y el que me dispensa dignándose conceder un sitio en su obra a las mías muy insignificantes. He tratado de complacerlo completando los datos que usted posee, y he hallado que yo mismo tenía casi totalmente olvidados (y con justicia) varios folletos, que ya no se reimprimen y de cuyo nombre quisiera olvidarme. ¡Contradicción extraña! Yo quisiera olvidarme de su nombre y voy a revelárselo a usted. Y es porque conozco el valor que los que realizan trabajos bibliográficos atribuyen a estos detalles nimios, ignorados del gran público, como suelen ser las primeras obrillas de un autor. Por eso, en el deseo de causarle un placer proporcionándole datos que no hallaría de otra manera, aunque ciertamente no tienen gran importancia, le he agregado a su lista algunos títulos. No sé hasta qué punto le serán útiles. En todo caso valga mi buena intención, que por primera vez en mi vida, me he puesto a exhumar estas insignificancias. Le mando mi último libro, *Confidencias de un novelista*, donde explico mi teoría literaria. Adjunto una lista de mis libros actuales, con el estado de sus ediciones. En la primera página de *Confidencias* hallara usted una lista de las obras mías traducidas a otros idiomas. Ahora hay algunas más. Con esto, me es muy grato ponerme a sus órdenes para cuanto crea usted que yo pueda servirle. Y lo saludo con toda amistad, deseándole éxito en sus tareas.

Su afmo. S.S.S.
G. MARTÍNEZ ZUVIRÍA.

La correspondencia publicada en *Hispania*, incluye el listado de las obras publicadas bajo el nombre de Gustavo Martínez Zuviría como las conocidas bajo el seudónimo de Hugo Wast.

Entre las primeras consigna:

- El naturalismo y Zola*, Santa Fe: [s/d], 1902, 110 pp.
Los dos grumetes, Córdoba: Establecimiento Biffignandi, 1902, 72 pp.
La creación ante la Pseudociencia, Santa Fe: Llambías y Cia., 1903, 150 pp.
Rimas de amor, (Poesías.) Santa Fe: J. Benapres, 1904, 84 pp.
Alegre, Madrid: Fernando Fe, 1905, vol I, 274 p., vol II, 300 pp.
Golondrina de presidio. Cuentos, Madrid: Biblioteca Patria, 1906, 124 pp.
A dónde nos lleva nuestro panteísmo de Estado (tesis para optar al grado de doctor en derecho), Santa Fe, 1907, 60 pp.
El gran cuento del tío en la literatura nacional, Santa Fe: [s/d], 1907, 198 pp.
Pequeñas grandes almas, Barcelona: Montaner y Simon, 1907.
El enigma de la vida, Buenos Aires: Librería Alfa y Omega, 1912, 62 pp.
Un país mal administrado, Buenos Aires: Moen, 1915, 136 pp.
Prosa parlamentaria, Buenos Aires: Editorial Bayardo, 1921, 40 pp.

Entre las segundas (obras publicadas bajo el nombre de «Hugo Wast»), consigna:

- Flor de durazno*, Buenos Aires: Alfa y Omega, 1910 (SIC), 384 pp.
Fuente sellada, Paris: Ollendorf, 1914, 282 pp.
La casa de los cuervos, Buenos Aires: Ateneo Nacional, 1916, 340 pp.
Novia de vacaciones (nueva edición con otro título *Pequeñas grandes almas*), Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1917, 250 p.
Valle negro, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1918, 317 pp.
Ciudad turbulenta, ciudad alegre, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1919, 346 pp.
La corbata celeste, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1920, 303 pp.
El amor vencido, Buenos Aires: Bayardo, 1921, 282 pp.
Flor de durazno. (Drama en 3 actos.), Buenos Aires: Bayardo, 1921, 118 pp.
El vengador, Buenos Aires: Edición Libertad, 1922, 272 pp.
La que no perdonó, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1923, 278 pp.
Los ojos vendados (nueva edición con otro título: *El amor vencido*) Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1923.
Pata de zorra, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1924, 223 pp.
Sangre en el umbral. Cuentos, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1924.
Una estrella en la ventana, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1924, 144 pp.
Desierto de piedra, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1925, 308 pp.
El jinete de fuego, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1926, 309 pp.
Las espigas de Ruth. (Relatos autobiográficos.), Buenos Aires: Ag. Gen. De Librería, 1926.
Myriam la conspiradora, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1926, 291 pp.
Tierra de jaguares, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería, 1927, 324 pp.
15 días Sacristán, Buenos Aires: Editores de Hugo Wast, 1929, 294 pp.
Lucía Miranda, Buenos Aires: Editores de Hugo Wast, 1929, 309 pp.
Confidencias de un novelista, Buenos Aires: Editores de Hugo Wast, 1931, 284 pp.
El camino de las llamas, Buenos Aires: Editores de Hugo Wast, 1931, 288 pp.

REFERENCIAS

- ECO Umberto
1994 *Sei Passeggiate nei Boschi Narrativi*, Milán: Bompiani; (tr. esp.: *Seis paseos por los bosques narrativos*, Barcelona: Lumen, 1996).
- MANCUSO Hugo R.
2005 «Ética de la lectura», *AdVersus* [en línea] II, 4, (citado 12 de diciembre de 2013), disponible en:
<<http://www.adversus.org/indice/nro4/presentacion/presentacion1.htm>>

FUENTES

- ANZOÁTEGUI Ignacio B.
1930 «De la mala vida sentimental», *Número*, 3, marzo, p 21.
- BASTERRA Félix
1903 *El crepúsculo de los gauchos*, París-Montevideo: Les TempsNouveaux y Librería de la Universidad.
- BORGES Jorge Luis
1952 «Las alarmas del doctor Américo Castro», en *Otras inquisiciones*, Buenos Aires: Sur.
- CHITI Juan B., AGNELLI Francisco
1937 *50 Aniversario de la Fraternidad de Personal Ferroviario de Locomotoras*; Buenos Aires: Imprenta de la FPFL.
- GÁLVEZ Manuel
1910 *El diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires: Moen
- HENRIQUEZ UREÑA Pedro
1963 «Introducción», en SARMIENTO Domingo F., *Facundo*, Buenos Aires: Losada, pp.7-8.
- HERNÁNDEZ José
1872 *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires: Imprenta de La Pampa
- MERLINO Salvador
1931 «Gustavo Martínez Zuviría (Hugo Wast), novelista», *La Literatura Argentina*, III, 30, febrero, p. 194.
- 1932 «Un novelista y un santo», *La Literatura Argentina*, V, 51, noviembre, p. 89.
- ROJAS Ricardo
1909 *La restauración nacionalista*, Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.
- S/A
1929 «Raquel Adler presenta un panorama de la literatura argentina», *La Literatura Argentina*, II, 14, octubre, pp.35-38.
- SABATO Ernesto
1964 «El voseo», Buenos Aires: *Revista Leoplan*: 5-8
- SÁNCHEZ Luis Alberto
1073 *Historia comparada de la literatura americana*, Buenos Aires: Losada, t. I, II y III.
- SCALABRINI ORTIZ Raúl
1931 *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires: Manuel Gleizer.

SELVA Manuel

1935 «El peligro judío y la reciente obra de Wast», *La Literatura Argentina*, VII, 9, marzo, p. 193-94.

WAST Hugo

1907 *Novia de vacaciones*

1911 *Flor de Durazno*, Buenos Aires: Alfa y Omega.

1916 *La casa de los cuervos*, Buenos Aires: Ateneo Nacional.

1917 «La huelga», *La Novela Semanal*, I, 2, lunes 26 de noviembre, s/p.

1919 *Ciudad turbulenta, ciudad alegre*, Buenos Aires: Ag. Gen. de Librería

WRIGHT Winthrop R.

1944 *British-owned railways in Argentina, their effect on Economic Nationalism, 1854-1948*, Austin: Institute of Latin American Studies by the University of Texas Press;(tr. esp.: *Los Ferrocarriles Ingleses en la Argentina* Buenos Aires: Emecé, 1986.